los II. En 1667 se hizo la segunda dedicacion de la Catedral con pompa y magnificencia. Cuando el duque de Mancera visitaba las fortificaciones de Veracruz, tuvo noticia de otra sublevacion intentada por los indios tarahumares y conchos, cuya constancia en hacer guerra á los españoles duró por espacio de mas de veinte años; pero al mismo tiempo supo que el capitan Nicolás de Varraza, auxiliado por el conocimiento que tenia de sus reales, los cercó con seiscientos hombres y los obligó á rendirse á discrecion. El duque de Mancera se volvió á España en 1673.

Gobierno de D. Pedro Nuño Colon de Portugal, vigésimosesto virey do México: gobierno del Illmo. Sr. D. Fr. Payo Enriquez de Ribera, arzobispo y vigésimosétimo virey de Mexico: sublevacion de los indios de Nuevo-México (1673 á 1680). El duque de Veraguas, descendiente del famoso almirante que descubrió el nuevo mundo, murió á los seis dias de haber tomado posesion del mando, y se le hizo un entierro digno de su empleo y de la memoria de su ilustre antepasado D. Cristóbal Colón. Le sucedió en el mando el arzobispo de México D. Payo Enriquez de Ribera, religioso de la órden de San Agustin, que habia sido obispo de Guatemala y Michoacan en los años de 1657 y 1667. Este excelente prelado, acogido con gusto y entusiasmo por todos los habitantes de Nueva-España, se dedicó con empeño á la reparacion de las obras públicas, fijando especialmente su atencion en la utilísima obra del desagüe. En 1675 tuvo principio la acuñacion de oro en la casa de Moneda de México. El mismo año se comenzó á hacer de piedra la calzada que está entre México y la villa de Nuestra Señora de Guadalupe, y como era grande la devocion que la profesaba el arzobispo D. Payo, él asistia diariamente á animar á los trabajadores con su presencia y exhortaciones para la pronta conclusion de la obra. En 11 de Diciembre de 1676 sufrió un voraz incendio el templo de San Agustin de México, que lo redujo á cenizas á pesar de los esfuerzos que se hicieron en los tres dias que duró en toda su actividad aquel destructor elemento. Al siguiente año llegaron á México los hermanos Betlemitas, despues de haber fundado su caritativa órden en la ciudad de Guatemala, y el virey los recibió con bastante benignidad y contribuyó á que se establecieran en la capital.

Los indios de la provincia de Nuevo-México, reducidos ya y divididos en veinticuatro pueblos cristianos, formaron alianza con los idólatras en 1680 para exterminar las colonias españolas. Habiendo urdido su plan revolucionario con bastante sigilo y no menos astucia, se lanzaron un dia, el 10 de Agosto, sobre todos los españoles que andaban diseminados por la provincia, y les dieron muerte sin haber perdonado á veintiun religiosos franciscanos que los doctrinaban en la religion. En seguida acometieron con denuedo el fuerte de la capital Santa Fé; pero advertida la guarnicion á tiempo por algunos naturales fieles, se preparó á resistir el violento ataque con

los pocos morteretes y fusiles que habia, y lograron contenerlos con horrible mortandad por espacio de diez dias que duró el incesante combate, hasta que viendo los españoles que les faltaba las provisiones de boca y guerra en medio de una atmósfera corrompida con el hedor de los cadáveres, abandonaron el fuerte y la ciudad á media noche sin ser sentidos por sus contrarios, y se retiraron al presidio del Paso del Norte, á doscientas leguas de Santa Fé, desde donde dieron aviso al virey de cuanto pasaba en aquella lejana provincia. Los indios entregaron á las llamas el fuerte y los edificios de la ciudad.

Cuando el arzobispo D. Payo recibió la comunicacion de aquellos desventurados soldados, se hallaba entregando el mando á su sucesor D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragon, conde de Paredes y marques de la Laguna. Aunque D. Payo habia ya renunciado el arzobispado y vireinato de México, el monarca de Castilla creyó conveniente no hacer caso á sus repetidas renuncias; pero en 1681, despues de haber dejado las riendas del gobierno civil, el padre Cavo nos refiere que: „recibió la noticia auténtica de la aceptacion de su renuncia del arzobispado, nueva que lo colmó de tanto gusto, cuanto esperimentan los hombres ambiciosos en la posesion de algun gran cargo á que aspiraban, y así repartidos los pocos bienes que tenia en los templos y pobres, dada su librería á los padres del Oratorio de San Felipe Neri, con pocos domésticos se fué á embarcar á Veracruz. Cuanto haya sido el dolor de los mexicanos en este lance, lo conocerán los que vieren salir de su reino un santo obispo, padre de los pobres. Llegado á España escribió al rey, escusándose de no ir personalmente á darle los agradecimientos de los puestos á que los destinaba (los de presidente del consejo de Indias y director del obispado de Cuenca). Cumplida esta obligacion, acompañado de un solo criado, con admiracion de la córte, se fué á encerrar al retiro de agustinos descalzos, que llaman Dolores del Risco, en el obispado de Ávila." D. Payo murió en este retiro el año de 1684, y cuando llegó á México la infausta noticia de su fallecimiento, se celebraron magníficas honras en memoria suya, habiendo recibido el pésame el mismo virey vestido de riguroso luto.

Gobierno de D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragon, vigésimooctavo virey de México: expedicion contra los indios sublevados de Nuevo-México: expedicion marítima á Californias: toma de la ciudad de Veracruz por un corsario inglés (1680 á 1686). Luego que el conde de Paredes tomó posesion del vireinato á 30 de Noviembre de 1680, se ocupó de levantar tropas para reprimir los indios sublevados contra los españoles. Los escuadrones que salieron de la capital, despues de haber aumentado sus filas con mucha gente de los presidios lejanos, sentaron sus reales en el Paso del Norte para hacerse de provisiones, y en seguida marcharon en busca del enemigo que se hallaba fortificado en puestos inaccesibles.

Las diligencias que hicieron inútilmente por espacio de algunos dias, los convencieron de que no era posible combatir á los enemigos, y aburridos de vagar por mucho tiempo con pérdida de algunos dispersos, quemaron las rancherías y se volvieron á los presidios. Sabido por el virey el infructuoso resultado de esta expedicion, y deseando asegurar la tranquila posesion del territorio de Nuevo-México, mandó á su capital una colonia compuesta de trescientas familias de españoles y mulatos, á quienes se repartieron tierras por caballerías en las inmediaciones de aquella ciudad.

En 1683 salió del puerto de Chacala una expedicion para Californias, compuesta de dos embarcaciones bajo el mando del capitan D. Isidro Otondo, sin contar con una cargada de provisiones que fué detenida por largo tiempo por varios vientos, hasta que por último arribó felizmente con las otras al puerto de la Paz. En esta expedicion iban tres religiosos de la órden de jesuitas, y con ellos el famoso matemático P. Eusebio Kino; pero ella no dió por resultado el establecimiento de alguna colonia, siendo tan infructuosa como las que se habian hecho en años anteriores, á pesar de los doscientos veinticinco mil pesos que consumió en todo ese tiempo. La esterilidad de la tierra era para los navegantes un elemento mas hostil que la oposicion de los indígenas.

Las costas orientales de Nueva-España llamaron la codicia de los atrevidos piratas desde 1680, siendo el acontecimiento mas importante que llamó la atencion de Nueva-España por espacio de un largo periodo del siglo diez y siete. En 1683 tres de sus gefes, dos holandeses y el francés Gramont, aparecieron en la costa de México á la cabeza de mil doscientos hombres, con objeto de atacar la nueva Veracruz. Se introdujeron de noche por sorpresa, y uno de ellos llamado Graff se apoderó de la fortaleza, que estaba guarnecida con doce piezas de artillería, y las dirigió inmediatamente hácia los edificios de la silenciosa ciudad. Despertados los españoles con el ruido del cañon, y noticiosos de que los piratas eran dueños de la plaza, corren á las armas y muy pronto empieza una horrible carnicería, aunque algunos historiadores manifiestan que la guarnicion y vecindario no hicieron una heróica defensa. Los piratas quedaron vencedores é hicieron un gran número de prisioneros, entre los cuales se contaban los mas ricos y nobles de la poblacion. Los encerraron en una de las principales iglesias, que dispusieron de modo que pudiera volarse muy fácilmente. En seguida arrebataron todo el oro, plata, alhajas y mercaderías de los habitantes, cargando sus embarcaciones de todos estos objetos por valor de mas de seis millones de pesos. Temiendo entónces ser atacados por las milicias de los alrededores, ofrecieron la libertad á los españoles encerrados en la iglesia, con tal que se les pagase por su rescate la suma de dos millones de duros, que les fué al momento entregada; é inmediatamente izaron velas con todo aquel rico botin, cruzando por

delante de la flota española que venia en busca de sus caudales.

Cuando el virey recibió noticia de este triste y ruidoso acontecimiento, mandó poner sobre las armas todos los vecinos de quince á setenta años, enviando la caballería á las órdenes de Urrutia de Vergara, y mil hombres de infantería bajo el mando del maestre de campo conde de Santiago; pero la partida de los piratas burló las intenciones del conde de Paredes, quien salió para Veracruz y condenó á muerte al gobernador de la plaza, cuya pena no tuvo efecto por haber apelado de ella en tiempo oportuno. Vuelto el virey á México el 11 de Setiembre del mismo año, no tuvo un momento de tranquilidad por el contiguo amago que los piratas hacian á las costas de Nueva-España. Dos años despues, estos mismos hombres mandados por Gramont, salieron de la Tortuga y fueron á atacar á Campeche. Les bastaron algunas horas para apoderarse de sus arrabales. La fortaleza provista de municiones hizo por de pronto alguna resistencia; pero su débil guarnicion la abandonó muy pronto para salvarse en el interior, y los piratas tomaron de ella posesion y permanecieron allí dos meses, durante los cuales robaron la ciudad y la incendiaron al retirarse. Gramont celebró la fiesta del rey de Francia como un verdadero corsario, haciendo quemar en señal de regocijo, el dia de San Luis, mas de un millon de piezas de madera de tinte. Entre tanto el virey conde de Paredes, dejaba el vireinato de Nueva-España para dar entrada á su sucesor.

Gobierno de D. Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova y vigécimonono virey de México (1686 á 1688). Este virey, conocido vulgarmente con el nombre de Brazo de Plata, á causa de ser postizo su brazo derecho que habia perdido en una batalla, mandó construir á sus espensas la arquería que conduce el agua desde Chapultepec hasta el Salto del Agua. En 1687, temeroso el virey de los contínuos amagos de los corsarios franceses, mandó establecer en Coahuila un fuerte presidio para evitar la dominacion extrangera, y con ciento cincuenta familias fundó una colonia que se conoce todavía con el nombre de Villa de Monclova. El mismo año se continuó con actividad la obra del desagüe bajo la direccion de Fr. Manuel de Cabrera, el mismo que habia sido separado injustamente de ella durante la administracion del arzobispo virey D. Payo. El conde de Monclova dejó el mando el mes de Noviembre de 1688; pero no pudo embarcarse para el Perú hasta Mayo del siguiente año.

Gobierno de D. Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, trigésimo virey de México: reconocimiento hecho en las costas de Tejas: sublevacion de los indios tarahumares: gran tumulto en la ciudad de México (1688 á 1696). A los pocos dias de haber tomado posesion del mando el nuevo virey conde de Galve, el gobernador de Nuevo-México le dió noticia del desembarco de tres franceses que iban á engrosar la Colonia que su nacion habia fundado

en el seno mexicano. D. Alonso Leon, gobernador de Coahuila, salió por órden del virey á reconocer las costas de Tejas, y halló en la bahía de San Bernardo un fuerte comenzado y muchos cadáveres de franceses muertos á manos de los indios. Mandó establecer en aquel punto un presidio que fué abandonado al poco tiempo. En el mismo año de 1689, á causa de las crueldades que ejercian los españoles en las provincias lejanas, se verificó la insurreccion general de los *tarahumares* y otras naciones situadas al Noroeste de México, y este suceso llamó la atencion de todos los habitantes de Nueva-España. „Esta sublevacion fué tanto mas peligrosa, dice el Padre Cavo, cuanto que habia gran tiempo que secretamente se tramaba, y parecia que aquellas naciones con haber dado la muerte á dos misioneros franciscanos y tres jesuitas, con todos los españoles, estaban resueltas á hacer frente á todas las fuerzas de la Nueva-España. La causa de este levantamiento fué la misma que otras veces ha rebelado á los indios de la Nueva-España, es á saber: las vejaciones que los infelices sufrian de los españoles, establecidos en las minas que abundan por aquella Sierra Madre. A esto se juntó que sus antiguos sacerdotes ó hechiceros, les decian haber llegado el tiempo en que recuperada su libertad, restaurasen la religion de sus mayores. Los gobernadores de los presidios inmediatos, oido esto, á toda furia despacharon correos al conde de Galve, quien respondió que en los pueblos fronterizos se hicieran levas, y sin darles tiempo á los amotinados de unirse, entraron por aquellas provincias, obligando á los indios á deponer las armas. Los capitanes y gobernadores cumplieron esta órden; pero sus diligencias fueron inútiles, pues los naturales desde los picachos de aquellas sierras espiaban la ocasion de envestir á los españoles desvandados, y así sin recibir mal lo hacian. Esta guerra hubiera durado largo tiempo, y acaso se hubieran perdido todas aquellas provincias, como vemos en nuestra edad otras muchas, si los misioneros con apostólico celo no hubieran apaciguado aquellos pueblos. Entre los demás es digna de conservarse la memoria del Padre Juan María Salvatierra, noble jesuita milanés, que sabiendo aquel levantamiento, bien que á la sazon estaba lejos de los tarahumares, luego que entendió que se les habia pasado el primer ímpetu, con la autoridad y amor que se granjeó entre ellos, pues los habia convertido á la fé, consiguió que se sujetaran á los españoles. Este gran servicio que aquel jesuita hizo á la corona, se lo agradeció el conde de Galve en una carta."

Entretanto que esta guerra ponia en peligro la dominacion española en la provincia de Sinaloa, otro suceso de mayor importancia tenia efecto en la capital de México, suceso que fué precedido de una plaga de gusano y mucha escasez de mantenimientos. La falta de maiz llenó de exasperacion el ánimo de los indígenas, y ella fué la causa del tumulto que hubo en México el dia 8 de Junio de

1692, en que el pueblo puso fuego al palacio de los vireyes y á la casa conocida con el nombre de Diputacion, cuyo archivo debió su salvacion al recomendable celo del célebre literato D. Cárlos de Sigüenza y Góngora. El virey y su esposa encontraron un asilo en el convento de los religiosos franciscanos, entretanto que el conde de Santiago recorria las calles con los principales habitantes de la ciudad, y de este modo se logró tranquilizar el encendido espíritu de la plebe mexicana: en seguida se tomaron fuertes providencias para asegurar la tranquilidad pública, prohibiéndose entre otras cosas el uso del pulque, á pesar de que esta bebida producia á la real hacienda la cantidad de cien mil pesos. El gobernador de Tlascala vino en auxilio del virey con una multitud de indios, y el tumulto se repitió á los pocos dias en aquella ciudad y en otras de la Nueva-España; pero todo quedó apaciguado por medio de las violentas medidas que se tomaron en favor de los intereses coloniales. En esta época se hicieron notables algunos terremotos en todo el territorio; pero en cambio de tantos males y repetidas inquietudes, se supo que la Conquista de Nuevo-México habia terminado pacíficamente, bajo la direccion de su gobernador D. Diego de Vargas.

En 1689 se puso en México la primera piedra del Seminario tridentino, y en 1695 empezó á construirse la actual iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo acto fué solemnizado con la presencia del virey, la audiencia y el arzobispo D. Francisco de Aguiar y Seijas. En este mismo año murió la célebre poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Gerónimo, muger que honra todavia con sus obras el hermoso suelo donde vió la luz primera. El conde de Galve, á los ocho años de un gobierno prudente y justiciero, hizo entrega del mando el 21 de Enero de 1696, poco despues de haberse terminado felizmente la fortaleza de Panzacola en la Florida. Debió sucederle el obispo de Puebla D. Manuel Fernandez de Santa Cruz; pero por su renuncia le reemplazó en el gobierno el obispo de Michoacan.

Gobierno del Illmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañez, obispo de Michoacan y trigésimoprimero virey de México: gobierno de D. José Sarmiento Valladares, trigésimosegundo virey de México: colonizacion de Californias: muerte y elogio del Lic. D. Cárlos de Singüenzo y Góngora: la Nueva-España durante el siglo diez y siete (1696 á 1701). El obispo de Michoacan permaneció en el gobierno desde el mes de Febrero hasta Diciembre de 1696, en cuyo tiempo los padres jesuitas Salvatierra y Kino tomaron á su cargo colectar limosnas para reducir á los californios, y la audiencia y el obispo-virey aprobaron las propuestas que hicieron para establecer misiones en aquella lejana península, á fin de traerla insensiblemente á la civilizacion por medio de las saludables doctrinas del cristianismo. Durante el corto periodo de este gobier-

no, no hubo otro suceso notable, sino un motin que formaron los estudiantes de la Universidad para quemar la picota situada en la plaza mayor de México, cuyo espectáculo hacia tiempo que irritaba el ánimo de todos los amantes de la humanidad.

D. José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, llegó á Veracruz para reemplazar en el gobierno al obispo de Michoacan; pero al verificar su entrada pública en México el 2 de Febrero de 1697, lo derribó el caballo cerca del arco que se habia colocado en la boca calle de Sto. Domingo. Apenas empezaba á instruirse de las cosas pertenecientes al gobierno, cuando á causa de la gran escasez de trigo y maiz que se esperimentaba en todo el reino, la plebe llenó la plaza pidiendo pan delante de las ventanas del virey, despues de haberlo buscado inútilmente en la Alhóndiga de la ciudad. El conde de Moctezuma recordó el pasado tumulto de 1692, y deseando evitar con prudencia que entrara en desasosiego la tranquilidad pública, procuró abastecer la ciudad para dos meses con harto pesar de los cosecheros, y el tumulto concluyó de una manera satisfactoria á la seguridad de los intereses públicos. A los pocos dias quedó terminada la reedificacion del palacio que empezó á restaurar el conde de Galve, á consecuencia del incendio acaecido en el tumulto de 1692, y como desde entónces habian habitado los vireyes en la casa perteneciente al marques del Valle, dejó de vivir en ella el conde de Moctezuma para trasladarse al nuevo palacio el 23 de Marzo del mismo año.

Desde el momento en que los jesuitas tomaron á su cargo la Conquista de Californias, desaparecieron las dificultades que habian tocado los marinos españoles al poner los piés en sus desiertas y arenosas playas. Ya en el capítulo anterior nos anticipamos á decir algo sobre el celo de algunos jesuitas, que llevados del deseo de mejorar la suerte de los naturales de aquella Península, no dudaron acometer la empresa de introducir la religion entre estos pueblos estúpidos y feroces; pero otros miembros de la misma Compañía de Jesus, viendo las vejaciones que sufrian por la codicia de los pescadores de perla, tomaron el mayor empeño en dirigir por sí solos la Conquista de ese pais que se ha hecho notable en nuestros dias, aunque en manos de una nacion extrangera y enemiga de la prosperidad de nuestra república. Desde el año de 1697 hasta el de 1721, los jesuitas Kino, Salvatierra y Ugarte, dieron á conocer por medio de detalles bastante circunstanciados, las costas que rodean el mar de Cortés, y el aspecto físico del pais con su verdadero diseño. Entonces se creyó en Europa por primera vez que la California era una Península, ó por lo menos se figuró que ninguno habia descubierto hasta esa época la configuracion de sus costas; pues todos los viageros habian reconocido muy poco el litoral de este rico y abandonado pais (1). Los jesuitas fueron sus verdaderos con-

(1) El padre Kino estableció en 1697 por sus propias observaciones, que la California se volvia á unir hácia el Norte con el continente, y se juntaba á la Pimería-Alta. Ugarte visitó veinte años despues el golfo de California hasta el rio Colorado, levantó el mapa de una parte de sus costas, y reconoció que no existia comunicacion alguna entre este golfo y el mar del Sud. La exactitud de la carta de Castillo quedó entonces confirmada.

quistadores; pues la sometieron al Evangelio, y sus establecimientos estuvieron en un estado de pleno progreso, durante los primeros sesenta años del siglo diez y ocho. Entonces se contaban diez y seis misiones principales, de las cuales dependian cuarenta y tantos lugares del territorio. Estos religiosos desplegaron en su grandiosa obra de civilizacion, el celo apostólico, la industria comercial, la administracion prudente y sábia, y la actividad á que han debido tan felices resultados, y que les han espuesto á tantas calumnias en ambas Indias. El fanatismo no guiaba sus pasos: ellos llegaron á ese pais salvaje con algunas cosas raras y de gusto para divertirlos, y con granos para alimentarlos; pero el ódio de aquellos pueblos al nombre español, fué vencido por la benevolencia de sus fundadores. Ellos se hicieron carpinteros, albañiles, tejedores, arquitectos y cultivadores. Despues de su espulsion en 1767, la administracion de la California fué confiada á los dominicos de México, y la prosperidad de las misiones desapareció con sus hábiles fundadores.

Pero ya es tiempo de que continuemos relatando los sucesos de la administracion del conde de Moctezuma, los que hemos interrumpido por decir de una vez cuanto trabajaron los jesuitas en la conquista de aquella península. El siglo diez y siete terminó sin interés alguno para la historia; pero el 22 de Agosto del año de 1700, la muerte arrebató á México uno de sus mas célebres literatos, el Lic. D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, capellan del hospital del Amor de Dios que es ahora Academia de San Cárlos. El padre Cavo nos hace de él el siguiente elogio: „D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, nacido para las matemáticas y otras ciencias, sugeto á quien debemos los monumentos que se han conservado de la historia antigua y moderna de los mexicanos, principalmente el apreciabilísimo del viage de esta nacion desde Aztlan en el norte de la América, hasta colocarse en la laguna de México, de que hizo un presente al viagero Jemelli para que lo publicara, como lo hizo en su giro del mundo. Los manuscritos de este insigne varon que se contenian en veintiocho tomos en fólio, los dejó en su testamento á los padres de la Compañía de Jesus, entre quienes vivió muchos años; pero por condescender con los ruegos de su padre, se vió precisado á dejarlos. Estos manuscritos se conservaban en la librería del colegio máximo de San Pedro y San Pablo de México; pero en nuestra edad, por no sé qué fatalidad, apenas quedaban nueve ú once tomos. Con estas obras dió á aquel colegio el mismo D. Cárlos sus libros, que fueron cuatrocientos setenta cuerpos. La fama de

las letras de este eclesiástico, no fué como la de los demás criollos que queda sepultada en aquel continente; la de D. Cárlos de Sigiienza voló en España, y el rey Cárlos II lo hizo su cosmógrafo: de allí pasó á Francia, de donde Luis el Grande que deseaba recoger en Paris los mayores hombres, le escribió convidándolo con un buen partido que no quiso admitir." Este célebre literato profesó en la Compañía de Jesus pocos dias antes de su muerte, y su cadáver fué enterrado en el colegio de San Pedro y San Pablo, capilla de la Purísima, colegio perteneciente á la congregacion de aquellos religiosos misioneros.

El mismo año falleció en España el rey Cárlos II el hechizado, último vástago de la dinastía austriaca en la península. El rey Felipe V de Borbon que le sucedió en el trono, viendo amenazada sus posesiones ultramarinas por la guerra que iba á declararle toda la Europa, y confiando muy poco en las ideas políticas del conde de Moctezuma y Tula, lo removió del gobierno de la Nueva-España el año de 1701, y despues lo honró con el título de duque de Atlisco y grande de España. Le sucedió en el mando por segunda vez D. Juan de Ortega Montañez, promovido el año anterior del obispado de Michoacan al arzobispado de México.

Durante la administracion española de México en el siglo diez y siete, no brilló una sola idea que tendiese á mejorar la suerte de los colonos con relacion á sus propios intereses; pues la desconfianza que existia de mucho tiempo atrás en el espíritu de los monarcas de Castilla, le hacia mirar con horror cualquier idea de progreso intelectual en los pueblos que habia vencido con sus armas. Las mejoras materiales que se establecieron tanto en la capital como en los demás puntos del territorio, no llevaron por objeto engrandecer el pais en favor del mismo pais; porque siendo otra la política de los castellanos en América, creyeron ver en esas mejoras un medio de poner á contribucion los inmensos terrenos de la Nueva-España. La metrópoli, donde entónces eran desconocidas las sábias doctrinas de economía política, no habia concebido las mejores ideas de conservacion en cuanto á sus colonias; pues creyendo deber conseguir por medio de la fuerza é ignorancia, lo que debió haber implorado desde un principio de la dulzura y sabiduría, entregó la suerte de sus colonos á la cruel é inhumana direccion de los inquisidores de México, y la dureza de este tribunal que se dió á conocer en sus severos castigos, preparó insensiblemente la revolucion que ya hervia en el cerebro de muchos habitantes de la Nueva-España. Los autos de fé tan frecuentes durante el siglo diez y siete, no solo llenaron de horror á los hombres que tenian luces naturales para conocer sus ultrajados derechos, sino que fueron envileciendo á la clase indígena del pais, hasta el extremo de haberla hecho degenerar en perjuicio de sus intereses y los del comun. La política española del siglo diez y siete, está esplicada en la historia de la Inquisi-

cion de la misma época; pues á ella confió la custodia de sus ideas religiosas y viejas instituciones.

CAPITULO X.

Vircinato de Nueva-España.

(Siglo diez y ocho.)

Gobierno del Illmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañez, *arzobispo y trigésimotercero virey de México. Gobierno de D. Francisco Fernandez de la Cueva Enriquez, trigésimocuarto virey de México. Gobierno de D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, trigésimoquinto virey de México. Gobierno de D. Baltazar de Zúñiga, trigésimosesto virey de México: conquista de la provincia de Nayarit. Gobierno de D. Juan de Acuña, trigésimosétimo virey de México: construccion de la Aduana y casa de Moneda. Gobierno del Illmo. Sr. D. Juan Antonio de Vizarron y Eguiarreta, arzobispo y trigésimoctavo virey de México: horrorosa peste conocida con el nombre de Matlazahualt. Gobierno de D. Pedro de Castro y Figueroa, trigésimonono virey de México: gobierno provisional de la real Audiencia. Gobierno de D. Pedro Cebrian y Agustin, cuadragésimo virey de México. Gobierno de D. Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo y cuadragésimoprimero virey de México. Gobierno de D. Agustin de Ahumada y Villalon, marques de las Amarillas y cuadragésimosegundo virey de México: gobierno provisional de la real Audiencia. Gobierno de D. Francisco Cajigal de la Vega, cuadragésimotercero virey de México: gobierno de D. Joaquin de Monserrat, marques de Cruillas, cuadragésimocuarto virey de México. Gobierno de D. Cárlos Francisco de Croix, cuadragésimoquinto virey de México: espulsion de los Jesuitas: motin de Guanajuato y otras provincias: cuarto concilio mexicano. Gobierno de D. Martin de Mayorga, cuadragésimosétimo virey de México. Gobierno de D. Matias de Galvez, cuadragésimoctavo virey de México: gobierno provisional de la real Audiencia. Gobierno de D. Bernardo de Galvez: gobierno provisional de la real Audiencia. Gobierno del Illmo. Sr. D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, arzobispo y quincuagésimo virey de México: gobierno de D. Antonio de Flores, quincuagésimoprimero virey de México. Gobierno de D. Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo, y quincuagésimosegundo virey de México. Gobierno de D. Mi-*